



EN BUSCA DEL REINO UNA MORAL PARA EL NUEVO MILENIO

Joan Carrera i Carrera

Indice:

- 0. Introducción
 - 1. Una moral para el nuevo milenio
 - 2. Una moral “autónoma desde la fe en Cristo”
 - 3. Una moral en diálogo
 - 4. Retos antiguos y nuevos a la moral cristiana
- Notas
Cuestionario para el trabajo en grupo

Joan Carrera i Carrera, sj., (Barcelona 1960), es Médico y Doctor en Teología. Prof. de Moral Fundamental en el ISCREB (Inst. Sup. Ciencias Religiosas), en la Fac. de Teología de Catalunya y en el Inst. de Teología Fundamental (Sant Cugat). Es miembro del Instituto Borja de Bioética y del Centre d'Estudis Cristianisme i Justícia.

0. INTRODUCCIÓN

“Cuando nos abrimos al diálogo con los demás, nos abrimos nosotros mismos a Dios”
Juan Pablo II

En este cambio de siglo, nuestro mundo vive, tal vez, una de las transformaciones más fuertes de su historia. Lo que llamamos “globalización” ha convertido aquel ancho mundo en donde vivieron nuestros antepasados en un global village. Un mundo que, con sus enormes capacidades de comunicación y transporte, pone en contacto culturas y pueblos distintos con una intensidad inusitada.

Las sociedades de nuestro mundo globalizado ya no son aquellas sociedades compactas, que compartían una cultura homogénea. En aquel entonces, las demás sociedades y culturas quedaban lo bastante lejos y eran suficientemente desconocidas como para ser consideradas algo “extraño”, ajeno, y, generalmente, “bárbaro” e “incivilizado”.

Pero esto ya no es posible en la actualidad. Hoy nos vamos a un chino cuando queremos comer sin complicaciones, buscamos a una mujer peruana para cuidar a la abuela, nuestros hijos comparten pupitre con una muchacha que lleva siempre un pañuelo en la cabeza y celebra el ramadán, compramos ropa confeccionada por mujeres del extremo oriente, y nuestros vecinos han adoptado a un niño nacido en el altiplano boliviano.

Retos a la ética

Estas nuevas circunstancias han puesto a la orden del día la reflexión sobre temas, como pueden ser, la “tolerancia”, el respeto a las diferencias, el diálogo. Es conveniente que seamos capaces de entendernos con “cualquier persona” de nuestro mundo. ¿Cómo establecer unas pautas, comunes a todos, que nos permitan convivir en medio de la gran diversidad de nuestro mundo? ¿Qué principios deberían ser compartidos por cualquier persona, de cualquier país y creencia, para poder vivir en armonía? Este es un primer reto ético de hoy en día.

Y no se trata de una cuestión tan sencilla como pueda parecer. La primera tentación que hay que evitar es la de confundir el respeto a la diferencia con la aceptación de “cualquier cosa”. El rechazo a cualquier tipo de intolerancia ha generado un rechazo a los “grandes relatos” que pretenden dar razón de “la totalidad”. El comportamiento moral, consecuentemente, debería encontrar su fundamentación en el ámbito estrictamente subjetivo. Una instancia con un valor universal podría resultar, tal vez, “peligrosa”, porque podría servir de punto de apoyo para cualquier tipo de fundamentalismo o de neo-fascismo (en cualquiera de sus versiones de derecha o de izquierda) De ahí nacen las actuales tendencias morales subjetivistas.

Sin embargo, un subjetivismo radical no puede ser aceptado por una moral cristiana. Porque la moral cristiana parte de la asunción de un proyecto: el Reino de Dios. Un Reino que propone toda una constelación de valores. Por lo tanto, todo aquello que el hombre hace no es indiferente, puede estar a favor o en contra de este Reino. Es decir, que existe una cierta objetividad en cualquier propuesta ética cristiana. He aquí, pues, un nuevo reto. Una moral que sea “autónoma” (basada en la subjetividad) y, al mismo tiempo, objetiva.

Finalmente, es preciso decir que los nuevos tiempos en que vivimos plantean problemas que, hasta el presente, no habían aparecido.

Por un lado, nos encontramos ante algunos asuntos que afectan al conjunto de la humanidad: la cuestión ecológica, el comercio internacional, el comercio de armas, la deuda externa de los países empobrecidos, la globalización financiera, etc. Se trata de temas que requieren acuerdos de alcance global, y que exigen, por lo tanto, la participación de todos los implicados.

Por otro lado, los progresos tecnológicos nos enfrentan a nuevas situaciones que implican nuevos derechos y obligaciones, y que reclaman una palabra ética: clonación, ingeniería genética, xenotrasplantes, uso de tejidos fetales, transgénicos, nuevas tecnologías militares, Internet, etc.

Con todas estas premisas, nos encontramos con que la moral cristiana, sin dejar de considerar sus cuestiones “de siempre”, deberá afrontar las nuevas interpelaciones que se derivan de esta nueva situación.

Por esto, una propuesta ética cristiana para el siglo XXI deberá presentarse, al mismo tiempo, como defensora de la autonomía de la subjetividad humana y, también, de la objetividad de los valores evangélicos; tendrá que constituirse con la participación de todos; y deberá afrontar las cuestiones nuevas que han aparecido. Y, además, la Iglesia no podrá limitarse a dar una orientación ética.

Su palabra deberá ser “evangélica”, portadora de una “buena nueva” que no se reduce a unas pautas de valoración moral, sino que debe estimular y acompañar a una humanidad que, hoy como ayer, se encuentra en camino hacia su mayor plenitud.

1. UNA MORAL PARA EL NUEVO MILENIO

Si la voz de la comunidad cristiana pretende proponer, también para hoy, un camino ético, deberá estar atenta a los “signos de los tiempos”, a fin de dar una respuesta adecuada. Si quiere dar respuesta a los retos que hemos recordado y ser semilla del mensaje de Jesús de Nazaret en el mundo, tal vez algunos de los rasgos inexcusables, para la moral cristiana del nuevo milenio, podrían ser los siguientes:

1. Una moral que *escuche*

Una moral que se deje interpelar por la vida que viven y sufren miles de hombres y mujeres.

Esta moral tiene que entrar en un serio diálogo con la cultura contemporánea. Un texto de la última Congregación General de la Compañía de Jesús nos recuerda que: “... debemos escuchar atentamente a todos aquellos a quienes el Evangelio no les dice nada, y tratar de comprender la experiencia cultural que se esconde en aquello que dicen.

Lo que nosotros hacemos y decimos, ¿corresponde a las necesidades reales y urgentes de quienes nos rodean, en sus relaciones con Dios y con los demás? Si la respuesta es “no”, significa que no estamos comprometidos a fondo con la vida de las personas a quienes servimos” (CG 34, NMC, n. 27,7).

Una moral que, antes de reflexionar y dar consejos, se ponga a la escucha de los hombres y mujeres, sean o no cristianos. Y, de este modo, se pregunte, como el joven rico: “¿Qué debo hacer de bueno...? Mt.19,16. Nos gusta recurrir a esta traducción de la Biblia interconfesional, ya que pone el acento en aquello que debemos hacer como cristianos, no tanto para ser buenos –no se trata de una cuestión puramente de perfección personal, como se ha insistido a menudo–, sino en beneficio del prójimo.

2. Una moral en actitud de *búsqueda sincera*

Búsqueda con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Que no se apresura en buscar respuestas fáciles y precipitadas. Que admite convivir con la duda y la incertidumbre. Muchas veces, la comunidad cristiana tiene que expresar públicamente su opinión sobre cuestiones que afectan a todos los hombres y mujeres, sobre cuestiones nuevas; pero debe reconocer que en muchas ocasiones, no puede tener la última palabra. Siempre debe advertir que sean respetados los más vulnerables, los más pobres y marginados...

La Iglesia, después de siglos, ha de admitir, tal como propuso Juan Pablo II, que se equivocó en algunas cuestiones de moral que había afirmado de manera absoluta, basándose en datos que no eran teológicos, sino, por ejemplo, propios de la ciencia... del momento concreto. Admitirlo, pedir perdón, es un gesto que honra a la Iglesia, y su humildad le hace ganar credibilidad.

3. Una moral que acompañe a las personas en la toma de decisiones

Con un componente profético y crítico respecto a las actitudes y valores predominantes del mundo injusto e insolidario en el que vivimos. Un acompañar que no abandone a las personas que han tomado decisiones que puedan no ser correctas o deseables. Que tenga siempre en cuenta aquellas situaciones límite en donde las personas optan por el mal menor o no son plenamente libres en sus acciones (ver el capítulo 4). La comunidad cristiana debe ser acogedora y misericordiosa para con todas estas personas.

4. Una moral reflexionada desde la comunidad

Reflexionada en la oración humilde ante Dios, que ayude a los hombres y mujeres a discernir en el Espíritu. En donde las tareas de pastor y de profeta estén presentes en la comunidad y desde la comunidad, con sus preocupaciones y esperanzas. Una moral que escuche a las iglesias domésticas (las familias) y las pequeñas comunidades, donde se dan relaciones más fraternales, donde el afecto, la gratuidad, la atención al más débil, se convierten en algo más importante que la justicia legal.

Una moral que crea más en el Espíritu presente en las comunidades, que considere a los cristianos de una forma más adulta, a fin de aportar, al discernimiento de toda la Iglesia, su opinión discernida y orada. Si se acepta que, en muchas cuestiones, los cristianos son libres y responsables, y, por ello, tienen la posibilidad de pecar (pueden alejarse de la fidelidad al mensaje de Jesús), también se les debería considerar libres y responsables para poder aportar su discernimiento moral, sobre cuestiones concretas, a toda la Iglesia universal. Una moral desde la comunidad debería hacer participar de manera activa a las mujeres, que han sido las grandes olvidadas en este terreno, de tal manera que la ética cristiana se ha configurado desde una sensibilidad masculina, en la que se ha olvidado la sensibilidad femenina.

5. Una moral que escuche el clamor del los pobres

El clamor de los oprimidos de la tierra, de los que han perdido la esperanza. Una moral que, como Dios, escuche el clamor del pueblo esclavo de Egipto y que, en consecuencia, ofrezca una palabra de denuncia frente a las nuevas esclavitudes de nuestro tiempo. Una moral que esté atenta a los más vulnerables de nuestra sociedad, que defienda a las minorías culturales, lingüísticas, religiosas, a los inmigrantes, a los pueblos sin tierra, a los desposeídos, a los refugiados..., así como a las mujeres, que, en tantos lugares, son privadas de la enseñanza y de la cultura, y sometidas a situaciones de esclavitud. Que se comprometa con firmeza, por ejemplo, en la defensa de los derechos de los inmigrantes y ejerza la denuncia, cuando estos derechos sean violados. Que atienda a aquellos que la sociedad no valora, a los disminuídos físicos o psíquicos, a quienes todavía no han nacido o nacen con disminuciones...

Una moral donde el “rostro del otro” se convierta en interpelación ética a la que uno deba responder, más allá del derecho que se tenga a ello.(1) Una moral que muestre que la comunidad cristiana está al lado de los débiles y vulnerables, y que no debe tener miedo de mostrarse débil y, por lo tanto, desprovista de poder, sin demasiados medios, sin privilegios... Que, en consecuencia, no tema hacer signos visibles que manifiesten este talante, como, por ejemplo, renunciar a su Estado, a su organización burocrática, a ir, en algunos países, del brazo de los políticos y militares... (pues son símbolos evidentes de ambigüedad, que muestran el poder político y económico de nuestra sociedad).

6. Una moral *profética*

Que no se exprese en un discurso pesimista y focalizado sobre el mal y las cosas incorrectas (denuncia), sino en un discurso que anime a la gente a buscar el bien. San Pablo nos recuerda que “donde está el Espíritu, hay libertad” (2 Cor, 3).

Una moral que no sólo denuncie las cosas que no funcionan, sino que haga gestos (anuncios) que rompan el silencio en el cual nuestra sociedad se encuentra inmersa. Este silencio, esta mentalidad de que no hay nada que hacer, de que el sistema económico, social, político no se puede cambiar, tan sólo podrá quebrarse si se dan signos proféticos que pongan en práctica valores alternativos.

Estos signos pueden hacerlos presentes pequeñas comunidades humanas en donde se viven determinados valores alternativos. Comunidades que anuncian que es posible vivir de forma distinta. Por ejemplo, las cooperativas, el comercio justo, la comunidad de bienes o el intercambio de servicios de forma gratuita, las formas políticas de democracia participativa... ofrecen alternativas a una economía que genera injusticia y desigualdad social.

Los cristianos tenemos que ir creando espacios alternativos que den testimonio de los valores en los que creemos. La palabra (la norma moral, el consejo...) debe dar paso a los hechos, a las vidas que encarnen dichos valores. De este modo, presentaremos el Evangelio de Jesús como una experiencia liberadora para el hombre y la mujer de hoy.

Una moral que reconozca que, la mejor manera de expresar el disenso sobre los valores con los que no estamos de acuerdo, sea el testimonio de otros valores. Podemos hablar en defensa de los inmigrantes, de sus derechos, reclamar que no vivan marginados... pero ¿están, nuestras escuelas cristianas, abiertas a ellos?

En resumen, una moral que señale los valores a descubrir, como fuente de una vida en el amor y la libertad.

7. Una moral con una *dimensión universal*

Que tenga en cuenta que, para hacer frente a determinadas cuestiones que nos afectan a todos, creyentes o no creyentes, los cristianos debemos ser una sola voz con toda la humanidad. Por ejemplo, no tiene sentido que un pueblo o un país tome determinadas medidas, como limitar la contaminación atmosférica o acuífera, si el vecino continúa contaminando, puesto que el agua o la atmósfera son bienes comunes.

Las nuevas tecnologías, el progreso, nos han hecho descubrir que, a pesar de la pluralidad y las diferentes maneras de pensar, no dejamos de ser una misma especie que comparte una misma biosfera... Muchas cuestiones nos afectan como humanidad, y, por lo tanto, es preciso buscar soluciones globales, y no limitadas a determinados territorios. Para recuperar la universalidad ética, se podría recobrar una categoría tradicional de la moral católica: la llamada Ley moral Natural. Entendida como la existencia de grandes principios éticos, comprensibles para todos los humanos, creyentes o no, a fin de que un comportamiento sea verdaderamente humano. Estos grandes principios pueden descubrirse mediante una búsqueda sincera con la participación de todos. Y podrían ser representados, como aproximación, en la Declaración de los Derechos Humanos. Esta moral diferenciaría unos mínimos éticos humanos, que compartimos todos los humanos, de unos máximos éticos, que podemos vivir dentro de nuestra comunidad.

Los máximos éticos pueden ser mostrados a los no creyentes como invitación a una vida plenamente humana y feliz, pero no podemos imponerlos, ni pretender que, dentro de un país plural y democrático, sean reflejados por las leyes.

Por supuesto que la comunidad cristiana sufrirá cuando vea que, algunas cuestiones que considera “mínimos éticos”, no son aceptados en el diálogo, y, por lo tanto, no son

protegidos por las leyes de los países. Esta cuestión será tratada cuando hablemos del disenso dentro del diálogo.

Una moral cristiana para el nuevo milenio debe tomarse en serio el reto del “ecumenismo moral”. Se han dado pasos importantes, en este ecumenismo; cuando el Parlamento de las Religiones del Mundo elaboró la Declaración de una Ética Mundial (1993), afirmando unos “mínimos éticos comunes” a todas las principales religiones mundiales.(2) Estos mínimos pueden aportarse para la creación de una ética mundial que ya hemos comentado anteriormente.

8. La necesidad de establecer una moral política

Una moral política que recupere la dimensión social y haga frente a los retos de una economía globalizada, injusta para las dos terceras partes de nuestro mundo. Una moral política que no tenga miedo de las nuevas formas de democracia participativa, sino que las fomente.

Este año 2000, en España, la consulta para la abolición de la deuda externa de los países del Sur, sin ningún soporte oficial, ha sido un ejemplo de cómo se podría fomentar una democracia más participativa.

Asimismo, una moral que deje de estar inculturada solamente en la cultura liberal-burguesa y primermundista, y que se deje interpelar profundamente por las demás culturas (Orientales, Africanas...) puede perder su respiro individualista, poco comunitario... De igual modo, puede verse interpelada por las sub-culturas occidentales, marginadas por el estatus oficial (consumo responsable y ecológico, ecologistas, okupas, feministas, movimientos alternativos, pacifistas radicales...), que cuestionan el individualismo burgués, el “privatismo” moral, la propiedad privada, la forma de progreso depredador... Algunos de estos “valores” se han convertido en los nuevos ídolos de nuestro tiempo, pues ya nadie los cuestiona.

9. Una moral centrada en el corazón humano

Porque es el lugar en donde la persona da unidad y sentido a su obrar. En donde la persona vive la relación profunda consigo misma y la realidad de los demás. El Evangelio habla al corazón de los hombres y mujeres sobre cómo deben ser el hombre y la mujer nuevos, qué actitudes deben tener. Es en el corazón, en donde el hombre-mujer nuevos participan del Espíritu de Jesús.

Una moral basada en el discernimiento desde un corazón rebosante del Espíritu de Jesús. Las actitudes básicas de la vida del cristiano se juegan en este núcleo, en donde Dios habita.

El cristiano, de forma personal y comunitaria, va adquiriendo el hábito de vivir el bien en los comportamientos de la vida cotidiana. De este modo creemos que tiene que nacer una moral más pneumatológica, en donde las “virtudes” (los hábitos hacia el bien) adquieran una importancia superior a las normas, a las leyes; que indiquen los valores. Recordemos cómo ya Santo Tomás centra su propuesta moral en las virtudes.

Una moral más centrada en las opciones, actitudes profundas de las personas, y no en los actos concretos aislados, creemos que responde mejor a una antropología integral y permite clarificar el concepto de pecado.

Con todo, sería ingenuo olvidar que es en estos actos concretos en los que se decide la opción fundamental para con Dios y, por lo tanto, en donde se juega la vida moral, las actitudes profundas del cristiano.

Una moral que se deje interpelar por la psicología moderna, a fin de aprender a conocer mejor el corazón humano, sobre todo en aquellos aspectos que puedan matizar la responsabilidad de las personas en algunos actos, pues hay que recordar que la moral

cristiana debe ser misericordiosa. Y sólo así, desde una vertiente comunitaria, se puede recuperar la seriedad del concepto cristiano de pecado.

10. Una moral que respete *la autonomía humana*, entendida como una autonomía relacional

Los humanos nos vamos realizando mediante la relación con los demás y con Dios. La propuesta ética cristiana se ofrece a todos, porque se trata de un proyecto humanizador para toda la humanidad, y, como tal, puede ser comprendida por todos. Al fin y al cabo, no nos cansaremos de repetirlo, el proyecto del Reino de Dios es, sobre todo, un proyecto de humanización para toda la humanidad. Así pues, las pretensiones éticas de los cristianos, como veremos más adelante, deben caracterizarse por su plausibilidad racional. Todo ser humano de buena voluntad debería sentirse interpelado por el mensaje cristiano, ya que puede captar estas pretensiones de humanización.

11. Una moral que intente ser más *coherente*

Es decir, que trate todas las cuestiones desde una misma forma de valoración.

Por ejemplo, que tuviera, como muchos piden y parece que empieza a apreciarse de este modo, la misma actitud ante una vida no nacida (absoluta condena del aborto) que ante una vida nacida (todavía existe una cierta justificación de la pena de muerte, de la guerra...). Una moral que se esforzara en ser coherente: dejando de valorar algunas cuestiones, por ejemplo referentes a la ética sexual, desde posturas rigoristas (deontológicas); y, en cambio, en otras cuestiones, como las referentes a la justicia, a la economía o a la política, aceptando posturas que requerirían más matizaciones (en términos morales, desde posturas más teleológicas o consecuencialistas).

Creemos que todas estas características se podrían resumir en la necesidad de una moral que respete la autonomía y tenga en cuenta la gran importancia del diálogo. Estos serán, pues, los puntos que ampliaremos a continuación.

2. UNA MORAL “AUTÓNOMA DESDE LA FE EN CRISTO”

Creemos que una moral cristiana debería presentarse como una moral “autónoma”. Pero, ¿qué queremos decir cuando hablamos de autonomía desde la moral cristiana? La integración de este concepto en el campo de la moral no ha sido fácil, ya que puede dar pie a malentendidos. De ahí que, a menudo, se prefiera hablar de teonomía, que es una “tercera vía” entre una moral heterónoma (dictada desde fuera de la persona) y una autonomía entendida como puro subjetivismo o como exclusión de cualquier postulado de fe. Creemos que sería preferible hablar de “moral pneumatológica”.

Sea cual sea el término usado, lo que pretendemos expresar puede resumirse en los siguientes puntos:

1. Todo hombre puede captar la manera más humana de actuar

En primer lugar, la premisa de que cualquier hombre o mujer de buena voluntad puede captar la manera más humana de actuar.

De este modo, somos capaces de interpretar la realidad como predispuesta y ordenada en vista a la plena humanización. Para los cristianos, el Espíritu de Dios participa en esta realidad. Es en virtud de este presupuesto que el Concilio Vaticano II se dirigió a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y no sólo a los creyentes. Así, la propuesta cristiana es ofrecida a todo el mundo, porque se trata de un proyecto humanizador para toda la humanidad y, como tal, puede ser comprendida por todos.⁽³⁾ De manera que las pretensiones éticas de los cristianos, como veremos más adelante, deben caracterizarse por su plausibilidad racional. Todo ser humano de buena voluntad debería sentirse interpelado por el mensaje cristiano, pues su razón puede captar estas pretensiones de humanización. Por otro lado, presupone que los cristianos debemos estar siempre dispuestos a dejarnos enseñar, por todos los hombres y mujeres, a crecer en humanidad. Por esto, más adelante insistiremos en el valor del diálogo.

2. La fe no aporta contenidos morales específicamente cristianos

En segundo lugar, la fe de los creyentes no aporta contenidos morales específicamente cristianos que no puedan ser descubiertos por cualquier hombre o mujer de buena voluntad.

Esta afirmación nos lleva a preguntarnos qué aporta la fe cristiana a nivel ético. La fe, la experiencia creyente, otorga un nuevo horizonte de sentido, una nueva manera de ver las cosas, una motivación, gracias a lo cual se puede captar el destino que Cristo viene a dar a los hombres y mujeres. El Evangelio, la Buena Noticia de Jesús, hace madurar comportamientos de fondo y motivaciones específicas (fe, amor, gratuidad...) Este horizonte de comprensión confiere un efecto de integración, de crítica y de estímulo sobre los valores autónomamente descubiertos.

De este modo, la comunidad cristiana y su Magisterio tienen una función con respecto a las normas éticas desarrolladas autónomamente. La comunidad cristiana, en virtud de su esperanza en el fin último, tiene que estimular a todos los movimientos auténticamente morales que se dan en la historia. A pesar de que la Iglesia, a lo largo de la historia, no haya sido siempre un estímulo directo de valores morales, muchas ideas cristianas (como la dignidad, el valor de la igualdad hombre-mujer y de todos los hombres entre

si...) han hecho progresar la conciencia de la humanidad; incluso, muchas veces, por medio de sus oponentes secularistas.

Por otro lado, los cristianos, cuando asumen modelos de conducta mundanos, deben ponerlos bajo el discernimiento de la Palabra de Dios, ya que, a pesar de todos los progresos de la conciencia moral, el hombre permanece, todavía, sujeto al pecado, al error y a la tentación de encerrarse en si mismo. De este modo, la Iglesia realiza una función de integración del ethos⁽⁴⁾ hallado por la razón. La reflexión ética no es monopolio de la Iglesia, sino que corresponde hacerlo a todos los hombres y mujeres y por tanto la comunidad cristiana, asumirá todas sus reflexiones que conduzcan a una mayor plenitud humana.

Afirmar la no especificidad de los contenidos de la moral cristiana no significa que desde sus inicios la comunidad cristiana no haya intentado orientarse de acuerdo con el comportamiento y las palabras de Jesús, y, en consecuencia, haya ido elaborando unas ciertas normas de comportamiento ético, a fin de responder, en fidelidad a Jesús, a las nuevas situaciones que iban apareciendo.

De modo que podemos hablar de un “ethos cristiano”⁴ de la comunidad. Pero este “ethos” no es exclusivo, ya que su peculiaridad no se encuentra en proposiciones normativas particulares, sino en la actitud global basada en la fe, en un nuevo horizonte interpretativo de las distintas normas de comportamiento. El recuerdo constante de lo que Dios ha hecho y continúa haciendo por el hombre, a través de Cristo, señala el motivo fundamental de la vida de los cristianos.

Este recuerdo exige de los hombres una conversión, una opción fundamental, que determina la raíz de toda la existencia cristiana. Es la opción producida por Dios en el hombre. La respuesta corresponde al hombre, pero viene provocada por la presencia de Dios. Esta opción fundamental, como acto ético trascendental, debe traducirse a todos los actos particulares. El auténtico motivo del obrar es el amor que el hombre experimenta por parte de Dios, siendo este amor el orientador de la opción fundamental. Tampoco negamos que, del mensaje de Jesús, no se desprenda una antropología que lleva a una ética determinada, la cristiana. Lo que afirmamos es que esta antropología, al representar la plenitud del ser humano, puede ser descubierta por todo hombre y mujer de buena voluntad. Recordemos la afirmación cristológica acerca de que Cristo es la plenitud de ser hombre-mujer, y por esto se puede afirmar que, en su resurrección, la escatología ha entrado en la historia humana. Desde la fe cristiana, podemos afirmar que esto puede ser así, pues todos somos hijos de Dios, y el Espíritu de Dios no permanece recluido en la comunidad cristiana.

Algunos cristianos critican este enfoque, porque parece devaluar la especificidad cristiana. Afirman, en cambio, que existen valores específica y exclusivamente cristianos: el valor del martirio, del celibato, del amor a los enemigos... Pero estos valores también son compartidos por otras culturas; y, además, si no fuesen valores humanos, tampoco podrían serlo cristianos, pues ser cristiano es la utopía de ser plenamente humano.

El problema no es tanto de contenidos, ya que todos podemos conocer muy bien los valores a respetar. Lo que muchas veces falta es la fuerza, la motivación para llevarlos a cabo. Tal vez era ésta, la experiencia de San Pablo, que opuso el régimen del pecado al régimen del Espíritu, cuando dijo: “... porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Rm. 7, 19). De ahí la importancia de la comunidad cristiana, de la presencia del Espíritu y del testimonio de los Santos (de quienes viven más a fondo el mensaje de Jesús) dentro de ella. El Espíritu puede actuar donde quiera, pero, mientras nos mantengamos fieles a Jesús, tiene su morada permanente dentro de la comunidad cristiana.

la Iglesia ha de ser estimuladora de todos los movimientos auténticamente morales de la historia

3. Pérdida del sentido del deber y de la responsabilidad

En tercer lugar, debemos tener muy presente que el problema actual no radica tanto en la confrontación entre la autonomía y la heteronomía, sino en la pérdida del sentido del deber y de la responsabilidad.

Recordemos los últimos asesinatos de hijos por parte de sus madres, o entre amigos adolescentes, que han sacudido la conciencia del país. La armonización entre la autonomía y el sentido del deber se da cuando se tiene presente, en primer lugar, que el ser humano va haciéndose, y, en segundo lugar, el hecho de la gratuidad de nuestra respuesta a las interpelaciones del prójimo.

Como ya hemos dicho, la autonomía debe ser entendida de manera interrelacional y como una autonomía que tiene muy presente el reto de una objetividad en la moral: no todo vale por un igual.

3. UNA MORAL EN DIÁLOGO

Se habla mucho del diálogo como la manera humana de resolver los conflictos. Pero un análisis más profundo de cómo se dan los diálogos en nuestra sociedad nos dice que, a menudo, estos se convierten en una manera refinada de entablar batalla, en donde uno impone sus ideas al otro. Observemos, por ejemplo, muchos de los debates entre políticos de nuestro país durante las campañas electorales.

Nuestra sociedad occidental prefiere la estética del diálogo a la de la violencia, pero todavía se encuentra en la misma lógica. Muchas veces el diálogo se convierte en el vehículo en donde los más fuertes, los que dominan, imponen sus ideas a los demás. Si los diálogos fuesen verdaderamente un día-logos, en el sentido originario del término, deberían exigir, en primer lugar, que fuesen simétricos, es decir, desde una igualdad de sus participantes, lo cual permitiría que la fuerza de los argumentos sacara la verdad a la luz.

En la mayoría de los diálogos no parece resultar importante que nos vayamos aproximando a la verdad, sino más bien que venza la verdad que uno posee. Tampoco nos preocupamos de que se den las condiciones de una verdadera simetría en el diálogo, ya que la asimetría permite que nuestros argumentos venzan, no por si mismos, sino por la debilidad de nuestros oponentes.

Las condiciones de la manera en que debería desarrollarse un verdadero diálogo han sido propuestas por la llamada ética dialógica de J. Habermas y K.O. Apel. Esta propuesta ética es puramente “de procedimiento”, donde la fundamentación de toda norma radica en su legitimación a través del consenso. El hombre o mujer bueno no es ya el hombre feliz, ni tampoco el hombre o mujer que se somete a su propia ley, sino aquel que, ante situaciones de conflicto, está dispuesto a resolverlas mediante un diálogo encaminado a conseguir un consenso. Este diálogo debe cumplir una serie de condiciones; algunas puramente lógicas y otras claramente éticas.(5)

1. El valor teológico del diálogo

La palabra diálogo no puede reducirse a un término secular, ya que tiene toda una dimensión religiosa que debemos conocer. Recordemos unas palabras de la Encíclica *Ecclesiam Suam* de Pablo VI: “Daremos a este impulso interior de caridad, que tiende a convertirse en don exterior, el nombre, hoy común, de diálogo” (n. 76). A los cristianos, estas palabras deberían interpelarnos profundamente, puesto que nos indican que la caridad, el amor, como don de Dios a los hombres que es, recibe el nombre de diálogo cuando se abre a los demás. Dialogar es la forma de amar a los demás. Este diálogo debe hacerse con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, pues “Nadie es extraño a su corazón. Nadie le es indiferente en su ministerio. Nadie es enemigo, si él mismo no quiere serlo” (n. 110).

Merece la pena conocer, también, estas palabras de Juan Pablo II en referencia al diálogo entre las diferentes religiones: “Por el diálogo hacemos presente a Dios entre nosotros; cuando nos abrimos al diálogo con los demás, nos abrimos nosotros mismos a Dios”.(6)

La historia del Dios con nosotros es la historia de un diálogo amoroso entre Dios y los hombres y mujeres. La iniciativa es de Dios, pero este diálogo no es sólo unidireccional,

sino que Dios entra en un verdadero diálogo de intercambio. Recordemos la manera con la que Dios se deja interpelar por los hombres y mujeres. Dios escucha, y no sólo nos habla. Dios no sólo se hace palabra y los hombres oyentes, sino que se muestra como interlocutor que se deja afectar por las situaciones que viven los hombres y mujeres. Dios escucha el clamor del pueblo que sufre la esclavitud en Egipto (Ex. 2, 23-24). Dios, al entrar en diálogo; llega, incluso, a modificar sus planes ante la interpelación humana. Abraham, por ejemplo, hace cambiar el plan de Dios, que quería destruir Sodoma; incluso regatea con Dios (Gn.18,16-33). Así pues, el Dios cristiano se convierte en un verdadero Dios dialógico. El amor de Dios convierte a los hombres en interlocutores en un verdadero plano de igualdad con Él. “Ya no os llamo siervos... sino amigos” (Jn. 15, 15). La historia del Dios que dialoga nos enseña cómo debemos dialogar entre los hombres y mujeres como forma de amarnos los unos a los otros.

Por tanto, el diálogo forma parte de la manera de ser de nuestro Dios. Los hombres y mujeres podemos rogar a Dios, pues es un Dios “dialógico”. Para que esto sea posible, Dios prepara el lugar de encuentro con Él. Es el Espíritu de Dios en nosotros, quien nos permite convertirnos en interlocutores en plano de igualdad con Dios.

Otro aspecto a tener en cuenta en la búsqueda de una ética cristiana desde el diálogo es que los Evangelios, en su origen, son un diálogo entre el mensaje de Jesús y la manera cómo este mensaje era vivido en una comunidad concreta y con una cultura determinada. De este modo, los Evangelios son una invitación al diálogo; en otras palabras, invitan a entrar en un proceso dinámico entre la propuesta de Jesús, ya inculturada, y nuestra cultura de hoy. Este proceso de diálogo, de inculturación, es ya un acto evangelizador, pues transmite una manera de entender el diálogo, una forma de amar, de saber ponerse al lado del otro (tanto si se trata de una persona como de una cultura distinta a la nuestra).

No es de extrañar, pues, que Juan Pablo II, en su encíclica *Fides et Ratio*, escriba:

“Entre los diversos servicios que la Iglesia debe ofrecer a la humanidad, hay uno, del cual es responsable de una manera muy particular: la diaconía de la verdad. Por una parte, esta misión hace partícipe a la comunidad creyente del esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para alcanzar la verdad, y por otra, la obliga a responsabilizarse del anuncio de las certezas adquiridas, aun en la conciencia de que toda verdad conseguida es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios” (encíclica *Fides et Ratio*, n. 2).

2. Características del diálogo “en cristiano”

Pasemos, ahora, a describir qué características deberían tener nuestros diálogos desde el paradigma del diálogo entre Dios y los humanos. El diálogo debe estar presidido por el deseo de cada interlocutor de presentarse ante el otro tal como uno es; de presentar toda su existencia, experiencia, conocimiento. La palabra de uno se coloca junto a la del otro desde la igualdad de los interlocutores.

Ambas palabras que se encuentran deben perseguir la búsqueda de la verdad, a través de un análisis objetivo del problema en cuestión. Por lo cual, los dos interlocutores deben ser sinceros ante sí mismos, conocer el ingrediente subjetivo de su palabra y aceptar que la verdad irá surgiendo en un proceso de convergencia entre ambas palabras. Converger no significa dominar, sino irse acercando a la verdad, cediendo cada uno a partir de sus posiciones iniciales, purificándolas o plenificándolas.

El primer paso para una convergencia se da en la capacidad de escuchar, de comprender desde el otro.(7) La escucha significa querer estar en comunión con él, acoger sus palabras tal como son, sin manipularlas a partir de cómo uno quisiera que fuesen. Esta capacidad de escucha, de querer entrar en convergencia hacia la verdad, debe estar presidida por el amor al otro. Amar la diferencia es estar dispuesto a dar la vida por quien la defiende. Este diálogo, como forma de amar al otro, ve en éste a un posible hermano, y no a un enemigo que pueda causar algún daño. Aprender a dialogar es aprender a apreciar la diferencia como fuente de enriquecimiento, de crecimiento en el proceso de búsqueda de la verdad.

Entrar en este diálogo es entrar en una lógica de comunión, opuesta a la lógica de posesión, en donde las relaciones humanas se convertirán en libres y liberadoras. El cristiano, desde esta perspectiva, entra en el diálogo, consciente de no poseer la verdad en su plenitud, y de que todo diálogo requiere salir de uno mismo, y que, por lo tanto, es necesario un cierto aprendizaje. Únicamente desde el diálogo se aprende a amar al otro. Los miedos que tenemos al entrar en diálogo son miedos a perder nuestras propias seguridades, pues nos encontramos ya bien, y satisfechos, dentro de nuestra cultura eclesial. Por esto, se requiere la fe de Abraham, para partir hacia la “tierra extranjera” y saber que Dios “puede sacar, de las piedras, hijos de Abraham”.

El cristiano está llamado a iniciar el diálogo con estas cualidades que hemos enumerado, a pesar de que su interlocutor parta de una posición de dominio, de manipulación. Hay que entrar desde el amor, que es capaz de dar confianza al otro, a fin de que éste abandone sus mecanismos de defensa y entre en el diálogo. Como dice K. Rahner:

“Un cristiano cumplirá su diálogo con la seriedad de quien conoce el peligro de que la culpa de su orgullo, testarudez, falsa autoseguridad, violencia, perversa este diálogo y haga de él una mentira social; sabe que él mismo es pecador, y por eso pone su propia parte en el diálogo bajo el juicio y la misericordia de Dios (...). El cristiano sabe que sólo el amor es la suprema luz del conocimiento y que, del diálogo, vale también lo que dice S. Pablo: Si hablo con lenguas de hombres y ángeles, pero no tengo caridad, soy como bronce que resuena o címbalo que retíne (1Co 13, 1)”.(8)

La autoridad del diálogo es, según la encíclica *Ecclesiam suam*, “... intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone” (n. 95). Por otro lado, cuando se inicia un diálogo, es conveniente que no esté presidido por la urgencia de encontrar acuerdos con una mentalidad pragmática, aunque a veces se tengan que buscar formas provisionales de acuerdos, ante las necesidades urgentes de la situación.

La vida humana personal y la vida en comunidad se va construyendo a partir de este diálogo, de la comunicación entre todos los hombres y mujeres. Los humanos, desde nuestro nacimiento y en el primer contacto con nuestra madre, somos seres abiertos a la palabra que nos viene del exterior y que nos va formando y construyendo. Nuestra indeterminación instintiva nos hace abiertos a recibir desde fuera, nos convierte en seres culturales, que tenemos que aprender e irnos formando. Toda nuestra vida es un irnos acercando a la verdad a través de un diálogo con toda la realidad.

3. Las condiciones del diálogo

Sin embargo, el diálogo, tal como lo estamos proponiendo, no es una cuestión meramente intencional, o “metafísica”. Al contrario, implica unas ciertas condiciones humanas y sociales muy concretas. El diálogo se opone a todo tipo de violencia, y

requiere que todo el mundo pueda ser interlocutor. Rechaza la lógica del dominio o de la violencia, y por eso requiere que se den unas condiciones que lo hagan posible. En consecuencia, presupone crear previamente las condiciones de igualdad entre los interlocutores. De este modo, la ética basada en el diálogo requiere una reforma social, a fin de que todos, incluso aquellos que viven en el Tercer Mundo, puedan participar realmente en él. Si esto no se realiza, entonces esta ética sólo será aplicable al Primer Mundo, y únicamente servirá para justificar el mantenimiento de las desigualdades que el Primer Mundo ha provocado entre el Tercer Mundo y él.

El diálogo no puede reducirse a una estética, sino que tiene que hacer viables las condiciones que lo posibiliten. Como dice un filósofo crítico con la “ética dialógica”:

“...es preciso que resurjan los profetas, los que optan por el sur de entrada, deponiendo la arrogancia de una razón logocéntrica, que sólo concede reconocimiento a los ”loquicpaces”, y que silencia a los que no tienen ni siquiera voz. Es menester una lógica de la acción moral utópica y profética, (...) Como el conejo al león decimos: demuestra tu voluntad dialógica deponiendo la arrogancia de tus garras y la fiereza de los colmillos...”.(9)

Así pues, esta ética no está vacía de contenido profético, si realmente se la considera en sus últimas consecuencias. Pero es fácil que resulte una ética difícilmente aplicable en las situaciones de violencia, de injusticia generalizada, en donde, previamente, deben crearse las condiciones para establecer el diálogo, tal vez, incluso, con una cierta dosis de “violencia”.

4. El diálogo y el disentimiento

La cultura del diálogo debe permitir, también, el disentimiento; pero éste debe ser expresado sin violencia. Así, el disentimiento se debe expresar en las categorías de la tolerancia y del testimonio. El testimonio será siempre la forma de hacer comprender a los demás hombres y mujeres los valores de determinadas prácticas o actuaciones propias de los cristianos.

En la historia, quienes han hecho progresar a la humanidad han sido siempre personas que han roto los consensos sociales. Los profetas siempre han sido personas con este temple, lo cual les ha conducido a un enfrentamiento con el status quo, y a menudo éste ha reaccionado eliminándolos. Las ideas de los profetas perduran, y, al fin, se imponen. Las generaciones posteriores recuperan la figura del profeta, e incluso lo mitifican o lo convierten en santo. Son precisamente estos profetas, quienes pueden hacer progresar el diálogo en el proceso dialógico, para que no se detenga nunca. Por ejemplo, si nadie hubiese roto el consenso, todavía hoy incluso los cristianos aceptarían la esclavitud. Pero, a diferencia de lo que ha sucedido a lo largo de la historia, estas quiebras de los consensos no deberían darse desde la fuerza y el poder, al menos por parte de los cristianos, sino desde el testimonio.

Jesús de Nazaret rompió el consenso religioso a través del testimonio, desde el servicio y la debilidad, y no desde la fuerza y el poder. Su ejemplo lo han seguido muchos profetas que escogieron la denuncia de las injusticias desde el servicio y la no-violencia. “El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mc. 10, 45); “Como Dios lo ha enviado para persuadirnos, y no para violentarnos, pues en Dios no se da la violencia” (Carta a Diogneto VII, 4 del siglo II).

El amor que reclama Jesús para con el prójimo, implica que uno debe encarnar de manera coherente, en su propia vida, los valores que defiende, y sólo así serán vistos y apreciados como valores, y no como imposiciones. El diálogo, el ejemplo y el servicio

son las formas más adecuadas para expresar el amor al prójimo en nuestro mundo. Así, por ejemplo, una comunidad, como la cristiana, que no acepta el aborto, debería acoger y ayudar a las madres sin recursos, a las madres solteras, a mantener a niños con alguna disminución y ayudar en la planificación familiar... a fin de mostrar que se valora la vida humana desde su concepción (tal como exhorta a hacerlo la Encíclica *Evangelium Vitae*, n. 88).

El diálogo puede suponer tener que aceptar que a veces no se llegue a un acuerdo inmediato allí donde uno ve claramente que está en juego un valor importante. También el diálogo entre Dios y los hombres ha supuesto una marcha progresiva y pedagógica, en donde la humanidad ha ido aprendiendo a ser más plenamente humana. Desde la formulación del “no matarás”, del Decálogo, hemos ido aprendiendo a respetar el valor de la vida: la fórmula bíblica “no matarás”, al principio sólo hacía referencia a no matar a otro de la propia tribu, hasta que significó, también, no matar al extranjero, no matar a nadie. De manera parecida, muchas cuestiones han sido profundizadas, como pueden ser la ilicitud de la tortura o de la pena capital, durante largo tiempo defendidas, y totalmente rechazadas en la actualidad.

5. Diálogo dentro de la Iglesia

A otro nivel, la comunidad cristiana, la Iglesia, a través del diálogo con todo el mundo, se ha convertido ella misma en una “comunidad de diálogo”. La comunión eclesial se expresa allí donde se da un verdadero diálogo. Recordemos las palabras de la *Ecclesiam Suam*: “La Iglesia debe encaminarse hacia el diálogo con el mundo que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra, mensaje, diálogo” (n. 77).

Así pues, la aceptación del diálogo supone, a nivel intraeclesial, una comunidad presidida por la comunión. Así, y sólo así, se podrá dar testimonio de una nueva manera de entender el diálogo, en un mundo en el cual dicho diálogo ha sido muchas veces manipulado. La comunidad cristiana, en su vida interna, debe estar presidida por un diálogo amoroso que sea capaz de amar a los que no piensan de igual manera,⁽¹⁰⁾ en donde los valores éticos sean mostrados y comunicados, en lugar de impuestos.

Una comunidad que cree sinceramente en el diálogo, debe, también, tener fe en la presencia del Espíritu en todas las realidades del mundo; en otras palabras, debe ver el mundo no sólo impregnado de pecado, sino grávido del Espíritu Santo.

Algunos discursos que se oyen en la Iglesia, también de su Magisterio, y que son catastrofistas o que subrayan excesivamente los aspectos negativos de la sociedad actual, aun sin negar que puedan responder a la realidad, muestran implícitamente a una Iglesia que mira al mundo con miedo y que no sabe apreciar las cosas buenas que el mundo ha encontrado desde su autonomía.

Hace falta una Iglesia que tenga más fe en el Espíritu Santo, y en la cual quizá sea necesario elaborar una nueva eclesiología más pneumatológica. En este aspecto, resultaría enriquecedor un verdadero ecumenismo con las Iglesias Ortodoxas orientales.

6. Diálogo como Discernimiento

Entre el “ya sí” y el “todavía no”, se encuentra la vida del cristiano. Es en esta vida, en donde vivimos nuestra vida moral; al irnos realizando a través de nuestras acciones. Por lo tanto, la moral debe mantener siempre esta “tensión escatológica”. Por esto se insta al cristiano a saber discernir. De manera que el discernimiento se convierte en la categoría más importante de la moral. Podría definirse como la capacidad de valorar toda circunstancia conforme al Evangelio, a la Buena Noticia del Reino de Dios.

Esta categoría del discernimiento corresponde al tiempo del Espíritu. La comunidad cristiana es capaz de leer los signos de los tiempos según el Espíritu, en la oración, para discernir cuáles son las actitudes, las acciones más acordes con el Evangelio de Jesús.

En otras palabras, éste es el tiempo de la creatividad en el Espíritu, ya que sólo la comunidad o la persona fiel a este Espíritu es capaz de discernir adecuadamente, en las nuevas situaciones, cuál es el camino a escoger. Con palabras de Pablo: "...dejarse transformar por la nueva mentalidad..." (Rm. 12,2); "No sofoquéis al Espíritu, ni despreciéis los dones de profecía. Examinadlo todo y quedáos con lo que es bueno" (1Te 5, 19-20). Con razón decía B. Häring que el Magisterio de la Iglesia más auténtico y eficaz es el que ejercen los santos y los mártires.(11)

El discernimiento en la oración representa el "lugar teológico" en donde la razón del creyente o de la comunidad (una razón plena, iluminada por el Espíritu) selecciona los comportamientos más adecuados con la radicalidad del mensaje de Jesús. Este discernimiento se realiza a dos grandes niveles. Un primer nivel, que es al que nos hemos referido principalmente, se da cuando la comunidad cristiana, en oración, busca orientaciones morales ante los nuevos retos. Por ejemplo, determinar si la utilización de los transgénicos en la agricultura va en la línea del bien humano (de todos los humanos o en bien de unas pocas multinacionales) y del bien de la biosfera (si respeta la biodiversidad) o no. De este modo, se enuncian normas morales que muestran valores a tener en cuenta. Pero el discernimiento puede darse, también, en la conciencia individual.

El discernimiento requiere, igualmente, escuchar, en las cuestiones morales, la lectura que la ciencia (biológica, sociológica...) hace de la realidad, como ayuda imprescindible para la valoración moral. Recordemos que, en la historia de la moral, ésta ha sido siempre mediada por la cultura y la ciencia de su tiempo.(12)

Por lo tanto, la moral cristiana, en lugar de estar tan próxima al Derecho, como ha ocurrido hasta el Concilio Vaticano II, debe convertirse en inseparable de la espiritualidad. Es preciso enfatizar esta idea, en un momento como el nuestro en el que, ante el relativismo moral imperante en nuestra sociedad, la Iglesia puede caer en la tentación legalista. El "buen moralista" debería ser místico. La comunidad, en actitud de plegaria y adoración, debe discernir aquellos valores que más humanizan; en otras palabras, que nos divinizan, que más nos acercan al Reino de Dios.

Concluyendo con unas palabras de Pablo: "Y lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y clarividencia, a fin de que podáis discernir lo mejor, para ser puros y sin tacha para el día de Cristo" (Fil. 1, 9-10). De modo que se ha disuelto la disociación secular entre la espiritualidad y la moral cristiana.

7. Conclusión sobre el diálogo

Podemos concluir diciendo que los cristianos debemos entender el diálogo como una forma de amor a los demás, y de estar presentes y tener eficacia histórica dentro de nuestra sociedad pluralista. Debemos ser críticos frente a las maneras de dialogar que se dan en nuestra sociedad, a fin de exigir auténticos diálogos, y no formas más estéticas de hacer la guerra, en donde el que tiene el poder y/o la fuerza económica es quien gana. El Dios en quien creemos, ha sido un Dios que ha ido haciendo camino en nosotros como comunidad, a través de un diálogo permanente en la oración comunitaria. Y nuestra comunidad, si es verdaderamente un núcleo de amor y de comunión, debe ser un ámbito en donde se dé un verdadero y sincero diálogo entre todos sus miembros, desde los diversos carismas y ministerios.

Si exigimos, a los no creyentes, que nosotros, los cristianos, podamos estar presentes en los diálogos que se dan en la sociedad y que estos sean sinceros y verdaderos, tenemos que dar ejemplo viviendo plenamente el diálogo dentro de nuestra comunidad. La Iglesia es verdadero sacramento de Cristo cuando se convierte en una comunidad de amor, y este amor se traduce en la capacidad de saber dialogar.

Jesús nos ha enseñado a amar, a dar la vida por los demás. Cuando expresamos que el Dios cristiano es Trinidad, comunidad de amor, no estamos lejos de afirmar que nuestro Dios es “dialógico”. El Dios trinitario es, a la vez, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todo un Dios que es comunidad. Dios es amor, y, como tal, no puede ser un Dios solitario. Si lo fuera, no sería amor. El Padre, que es fuente de amor, necesita comunicarlo, y el Hijo es su receptor. Éste acoge el amor que le viene del Padre y se lo hace suyo. Y, como el Hijo es también amor, no se lo reserva para si mismo, sino que se lo devuelve amorosamente al Padre. De este intercambio de dar y recibir, recibir y dar, surge el Espíritu Santo. De este modo, el Espíritu surge del “diálogo” en la intimidad del Padre y del Hijo.

4. RETOS ANTIGUOS Y NUEVOS PARA LA MORAL CRISTIANA

La moral cristiana parte de la asunción de un proyecto: la construcción del Reino de Dios en el seguimiento de Jesús. Por lo tanto, rechaza la arbitrariedad de considerar que toda manera de actuar tiene la misma validez, ya que algunas acciones van en la línea de construir el Reino de Dios, y otras nos alejan de él.

En un mundo en donde a menudo la tolerancia es mal entendida como la aceptación de “cualquier cosa”, los cristianos afirmamos que hay algunos principios morales objetivos que nos humanizan, que están en la línea del Proyecto de Dios.

1. El reto del conocimiento (moral) objetivo

Lo que el hombre hace no es indiferente: no es lo mismo dialogar que manipular, no es lo mismo trabajar que explotar, etc. En todo cuanto el hombre hace, en sus decisiones, está implicada una “manera de ser hombre” que conduce hacia un mundo más humano o bien hacia un mundo más inhumano. Existen, por consiguiente, unos principios éticos que tienen valor por si mismos.

Además de la existencia de estos valores y principios, la moral supone la posibilidad de conocer estas grandes verdades éticas o, al menos, de irnos aproximando a ellas.

Para los cristianos, el acceso a estas verdades que nos hacen más humanos no es sólo cognitivo, sino, sobre todo, prático (vivir, amar a los demás, amar a Jesús). El ser humano no progresa éticamente sólo a través de la reflexión, sino a través de sus opciones libres y de su experiencia. Afirmamos la presencia del Espíritu de Jesús dentro de la comunidad cristiana, que nos va enseñando estas verdades en el decurso de la historia. Por lo tanto, los cristianos tenemos, aunque no en exclusiva, un acceso privilegiado a la verdad a través del don de la Revelación. La Revelación, la manera de vivir de Jesús de Nazaret, contrastada con la realidad, ha ido configurando un estilo de actuación (un “ethos”) dentro de la comunidad cristiana. Este “ethos” aparece cuando esta comunidad, con la ayuda del Espíritu, ha ido discerniendo qué actitudes y acciones acrecientan su fidelidad al mensaje de Jesús de Nazaret.

Así pues, una ética cristiana, reclama siempre una cierta objetividad. El comportamiento moral pretende seguir unos principios que tienen una “solidez propia”: la solidaridad, la vida y felicidad humanas, el respeto al otro, etc., son valores propios del ser humano, independientemente de que uno lo reconozca o no.

En oposición a esta manera de entender el acceso a la verdad, la postmodernidad afirma la imposibilidad de acceder a ella. Por esta razón, han aparecido toda una serie de éticas de carácter emotivista(13), decisionista, etc., que niegan la existencia de grandes principios éticos universales que podamos compartir todos los seres humanos.

En nuestro mundo, la valoración de la individualidad y la subjetividad ha llevado a muchos a negar cualquier objetividad; de este modo, la moral dependería únicamente de opciones puramente subjetivas. Esto, llevado al extremo, impide cualquier interpelación ética seria: ¿con qué autoridad se puede cuestionar la actuación de alguien, si no existen valores objetivos (válidos, por tanto, para todo el mundo) en donde encontrarnos todos? Ahora bien, esta objetividad, que resulta más clara para los grandes principios (p.e. “no matarás”) debe vivir, en el día a día, en una inevitable tensión con sus materializaciones

en el aquí y ahora. Los cristianos han buscado, desde siempre, cómo ser más fieles al mensaje de Jesús en las concreciones que cotidianamente se iban encontrando. El principio dice: “No debemos matar”; pero, ¿qué encierra este imperativo ético? Se puede matar en defensa propia, en la guerra... Los primeros cristianos, por ejemplo, tuvieron que discernir si podían servir en la milicia romana, pues este oficio obligaba a matar y a asistir a ceremonias en donde se adoraba a dioses paganos.

Las grandes verdades éticas exigen su concreción, a fin de tener eficacia histórica. Sin embargo, ninguna concreción refleja la verdad de manera plena. El despliegue de la humanización es precario, pues somos limitados, sometidos a un espacio y un tiempo, y, además, pecadores. La plenitud del Reino la encontraremos en los tiempos escatológicos como regalo de Dios, y, por lo tanto, toda aproximación a esta plenitud será parcial y siempre mejorable. Nos encontramos, pues, en camino; llamados a la plenitud de la humanidad.

2. El reto de la historicidad

El discurso teológico en moral debe asumir plenamente la dinamicidad del hombre. El hombre es un ser histórico, que va haciéndose. La teología moral debe entender lo absoluto de las verdades morales como objetividad de lo real, y no como inmutabilidad (imposibilidad de cambios a través del tiempo). Dicho de otro modo, debe asumir la historicidad humana a nivel de la reflexión moral.

Es preciso partir de la afirmación de la capacidad humana para conocer la verdad y llegar a la objetividad de lo real. En otras palabras, partir de una antropología que suponga que el hombre es un ser incompleto, que se encuentra en camino acogiendo aquello que debe llegar a ser. Que acepte, además, que el hombre se va construyendo a si mismo en su encuentro con la realidad, en la confrontación con lo concreto. Sólo en la actuación, incluso a veces incorrecta, el hombre va captando cómo debe actuar, en qué dirección debe ir para alcanzar su realización plena.

De modo que la realidad no está terminada, ultimada, sino que está en camino hacia su plenitud. La verdad de la realidad es el cariz, anunciado en la misma realidad, de no ser todavía completa, sino llamada a la plenitud. Este contraste que se da en la realidad entre lo que es y su potencialidad es percibido por el hombre como impulso moral.⁽¹⁴⁾ A lo largo de nuestra historia, hemos ido descubriendo, por ejemplo, qué significa el “no matarás”, el “poner la otra mejilla”, pasando por momentos en los que se han justificado prácticas que, hoy día, consideramos, sin lugar a dudas, contrarias al mensaje de Jesús, e incluso contrarias a los derechos humanos universales.

La moral, por tanto, no está hecha “de una vez por todas”, sino que participa de la historicidad de todo aquello que es humano.

3. El reto de la “participación”

Nos encontramos en un mundo en donde, a pesar de la deficiencia del modelo político de la democracia occidental, la mentalidad democrática está plenamente presente, es decir, existe la participación en los distintos niveles de la vida social. Esta mentalidad debe poder traducirse en el ámbito de la comunidad cristiana y en el de la reflexión moral. Por supuesto, no se trata de que pensemos que los grandes principios morales, que nos indican y expresan valores morales, sean consensuados dentro de la comunidad cristiana de tal manera que creáramos nosotros el bien y el mal. Sería la tentación de los primeros humanos, expresada en el libro del Génesis y repetida en la historia de la humanidad, y que ha conducido a tantos actos inhumanos.

Pero la reflexión sobre si determinadas técnicas nuevas (pensemos en la clonación, en la ingeniería genética...) van en la línea de una mayor humanización o no, debería hacerse

dentro de la comunidad cristiana con la participación de todos. Los grandes principios éticos están reflejados en la antropología que nos propone Jesús y en la experiencia de las primeras comunidades, pero todavía no nos dicen nada sobre cómo aplicarlos a temáticas nuevas. Por ejemplo, en el Decálogo no existe el “No clonarás”; en cambio, existe el “No matarás”, y en nombre de Dios se ha matado (se ha justificado la pena de muerte, o matar a los herejes...).

A este respecto, la comprensión de la Iglesia desde un modelo más comunitario y no tan jerárquico, tal como propone el Concilio Vaticano II, debe tener repercusiones en la manera de concebir cómo se elabora la reflexión moral dentro de la comunidad cristiana. Un modelo que concibiera el papel de la jerarquía al margen de la vida de la comunidad y de los diversos carismas que se dan en ella, sería inadecuado. Un modelo que todavía considerara a los laicos o a las mujeres en inferioridad con respecto a quienes tienen ministerios dentro de la Iglesia, sería, también, inadecuado.

Pensemos que toda reflexión moral, al preguntarse si alguna cosa es un bien para los hombres y mujeres, supone, como primer paso, la lectura de la realidad, entender qué valores están en juego, etc. y, por lo tanto, requiere la participación de todos los que tengan alguna palabra a decir. Esta participación es muy importante, a fin de que las diversas sensibilidades que se dan dentro de la Iglesia aporten su reflexión. Por ejemplo, parece imprescindible que, para valorar moralmente algunas técnicas de ingeniería genética, se escuche la voz de los genetistas y de los médicos...

4. El reto de la “autonomía” humana

Nos encontramos en una sociedad que valora mucho la autonomía humana. Sin caer en una concepción de la autonomía humana demasiado individualista, desprovista de cualquier aspecto intersubjetivo, la moral cristiana debe presentarse como una moral “autónoma”, “adulta”. El problema será cómo debemos entender los cristianos esta “autonomía” (incluso podríamos plantearnos si es preciso conservar este término).

Lo que nos resulta claro es que la moral cristiana no puede ser presentada con rasgos heterónomos: una moral impuesta “desde fuera”, como una ley que es aceptada por puro respeto a la autoridad, independientemente de su contenido. Dios quiere aquello que es un bien para el hombre; por lo tanto, la reflexión moral cristiana no puede dar en primer lugar argumentos puramente teológicos (que pueden ser entendidos como heterónomos), sino mostrar las razones de si tal comportamiento es humano o inhumano, un mal o un bien para los hombres y mujeres. No se puede decir “hay que hacer (o evitar) esto, porque Dios lo quiere”, sino que “Dios quiere que se haga (o se evite) esto, porque es bueno”.

La moral cristiana, en sus principios más generales, pretende ser una moral de la plena humanización, y, por consiguiente, comprensible para todo ser humano de buena voluntad. Por este motivo, cuando dialoga con los no creyentes, no puede presentar argumentos de carácter más bien heterónimo, que tal vez sólo pueden ser comprendidos dentro de la comunidad cristiana, si son considerados como portadores de la plena humanización. Por ejemplo, los argumentos del Magisterio sobre el tema de la Eutanasia pueden resultar poco comprensibles a los no creyentes, por su carácter más teológico, que puede ser considerado como excesivamente heterónimo. Por ejemplo: “Dios es el Señor de la vida, y nosotros no podemos disponer de ella”, es un argumento apreciable para el creyente; pero, ¿qué pasa con el agnóstico?

5. El reto de una humanidad global

Dentro de nuestra sociedad, se alzan numerosas voces pidiendo respuesta globales a diversos problemas que sufrimos como humanidad (problemas ecológicos, bioéticos, de

distribución de recursos...) Por lo tanto, es preciso buscar acuerdos en estas cuestiones entre todos los hombres y mujeres del planeta, independientemente de nuestras creencias o convicciones de cualquier tipo. Por ejemplo, ahora que todo el mundo habla de la deuda de los países del Tercer Mundo, quisiera indicar la no tan conocida “deuda ecológica” que contrajeron los países del Primer Mundo cuando se industrializaron y progresaron económicamente con un coste ecológico muy alto para todo el planeta..., ¡y ahora exigen a los países del Segundo o Tercer Mundo que se desarrollen de forma limpia y sin contaminar!

Se hace necesaria una “solidaridad económica mundial”, para resolver este problema. Ante cuestiones de alcance mundial, se precisan soluciones de alcance mundial. Más que nunca, son necesarios unos principios éticos a nivel planetario y, en su elaboración, la tradición cristiana tiene una palabra muy cualificada que decir.

6. El reto de las “situaciones límite”

Cada vez más, nos encontramos con el caso de personas en situaciones “envenenadas por el pecado estructural”, en donde la única salida posible es optar por el “mal menor”. Así como situaciones concretas en donde, optar por el bien, supone una heroicidad que sobrepasa las fuerzas de las personas. En estas situaciones, una moral “rigorista” no ofrece soluciones (pues el ideal es casi imposible de cumplir), y no hace más que alejar a las personas del amor y la misericordia de Dios. En estos casos límite, es aceptable optar por el “mal menor” o por una “gradualidad”, tender al bien ideal, pero aceptando los pasos intermedios, que suponen “males menores”.(15) Este ponernos en camino hacia el bien, implica, ya, ir por el camino de la Salvación.

7. De qué manera la Iglesia se ha sentido interpelada por estos retos

Estos retos que acabamos de ver han sido acogidos de distinta forma por parte del Magisterio de la Iglesia. Veremos, ahora, brevemente, cuál ha sido esta reacción.

El Concilio Vaticano II

El Concilio Vaticano II representó un ánimo de dialogar con el mundo de la modernidad. De él se desprende la aceptación plena de la libertad religiosa y de conciencia. Así como la esperanza de que, a pesar de que todos los humanos no compartimos una misma fe, podemos compartir una misma moral ante los retos que nos plantea el nuevo mundo. De igual modo, la Iglesia, desde su carácter de depositaria de la palabra de Dios, reconoce que no tiene respuestas a todas las cuestiones que se plantean en el mundo actual, y que éstas deben ser buscadas entre todos los hombres mediante el diálogo. Así, la Iglesia podrá enriquecerse de las aportaciones de todos y compartir el empeño común por una sociedad más humana.

“La Iglesia, que guarda el depósito de la palabra de Dios, de donde se deducen los principios de orden religioso y moral, a pesar de que no siempre tenga una respuesta a punto para cada una de las cuestiones, desea unir la luz de la revelación a la pericia de todos, a fin de que sea iluminado el camino por donde acaba de entrar la humanidad” (GS, n. 33).

“La Iglesia, al mismo tiempo que rechaza totalmente el ateísmo, profesa sinceramente que todas las personas, creyentes o no creyentes, deben contribuir en la acertada construcción de este mundo en el que todos viven, lo cual es imposible sin un auténtico y prudente diálogo” (GS, n. 21)(16).

Mediante el diálogo, la Iglesia muestra su solidaridad con toda la familia humana, y su amor hacia ella, aportándole la luz del Evangelio(17). A tal fin, la Iglesia debe ponerse a la escucha, con la ayuda del Espíritu Santo, y discernir las diferentes voces de nuestro tiempo para poder valorarlas a la luz de la Palabra divina(18).

Parece que el Concilio anima a los cristianos a ver al mundo con ojos nuevos, para que no perciban sólo los aspectos negativos, sino que se convenzan de que el Espíritu actúa, también, en las diferentes realidades que constituyen nuestro mundo.

El Concilio manifiesta que el cristianismo quiere ofrecer a todos los hombres y mujeres todas sus creencias sobre el ser humano, a fin de que podamos buscar, entre todos, el bien de la humanidad en las cuestiones concretas. Se presenta como un ofrecimiento, ya que acepta que no siempre tiene la respuesta a todas las nuevas cuestiones que se plantean, pero cree que la luz de la fe puede contribuir en la búsqueda de estas respuestas. Este deseo de diálogo se establece a distintos niveles, intraeclesial (por tanto, acepta que, de hecho, se da una pluralidad intraeclesial(19)), y entre los creyentes y todos los hombres y mujeres (G.S. n. 92).

La aceptación del diálogo debe suponer, lógicamente, estar dispuesto a dejarse enseñar en humanidad y, también, aprender a corregir los propios errores. De modo que no se puede entrar en diálogo con la convicción de que ya se tiene la palabra definitiva sobre una determinada cuestión. Una encíclica que representa una visión positiva del diálogo es la *Ecclesiam Suam*, de Pablo VI.

Ante la postmodernidad

Ante la irrupción de la postmodernidad, el Magisterio ha adquirido un trasluz más duro y preocupante. Lo podemos constatar en la Encíclica *Veritatis Splendor* o en la Instrucción Pastoral de los obispos españoles *La verdad os hará libres*.

La postmodernidad ha puesto en crisis no sólo la fe, cosa que ya hizo la modernidad, sino también la razón. Y, de este modo, los principios morales quedan en la arbitrariedad de cada cual.

Como ya hemos dicho, aparecen las éticas decisionistas, emotivistas, en donde la preferencia y/o el sentimiento se convierte en referente ético, quebrando el universalismo de la ética. La pérdida de los referentes objetivos, universales, conduce, a menudo, a las éticas en donde el más fuerte se impone, en donde el vulnerable sufre, en donde impera el liberalismo económico salvaje... A menudo, los económicamente poderosos siguen una ética (más o menos) cristiana en los asuntos individuales, pero, en las cuestiones de tipo social, no siguen principio ético alguno que no sea el puro egoísmo y la explotación de los demás.

Una lectura global de la *Veritatis Splendor* nos hace ver cómo da una respuesta a los retos de lo que se vive éticamente en nuestra sociedad postmoderna. La Encíclica acentúa la visión evangélica de la moral para los creyentes, mientras que, para los no creyentes, intenta recuperar la razonabilidad de la moral apelando a una formulación medio olvidada por el Concilio Vaticano II, la Ley Natural.

Al encontrarse, la Encíclica, frente a un puro subjetivismo, acentúa unilateralmente la objetividad de la verdad moral. De este modo, ante las grandes cuestiones dialécticas de la moral fundamental (como por ejemplo: orden objetivo, o ley versus conciencia subjetiva) se inclina por la primera parte del binomio.

La Encíclica también presta atención al análisis objetivo del acto moral aislado, a fin de remarcar que no basta con la buena intención y la buena fe. Mediante estos acentos, rechaza el relativismo creciente en el campo de la moral. Si bien en la situación actual es necesario acentuar el aspecto objetivo, no relativista, no hay que olvidar, al mismo tiempo, que la moral cristiana debería mantener siempre un equilibrio entre los dos aspectos: la objetividad y la subjetividad.

La Encíclica no entra a considerar las complejas situaciones en las que algunos valores principales pueden entrar en conflicto entre sí. Sin embargo, la vida práctica presenta muy a menudo este tipo de conflictos entre diversos valores importantes. En estos casos, deben introducirse consideraciones que puedan ayudar a resolverlos.

No sería justo apelar a la Encíclica para caer en fundamentalismos legalistas que no solucionan nada, pues no dan respuesta a las complejas situaciones morales que se dan en la realidad, y, por consiguiente, a largo plazo, son semilla de mayor relativismo y subjetivismo.

Los cristianos deberíamos recordar que poseemos grandes verdades morales, pero que, como decíamos antes, debemos aplicarlas a las realidades del aquí y ahora, en medio de una compleja situación de valores que hay que tener en cuenta.

Respecto a esto, Tomás de Aquino nos recuerda algo que puede ser plenamente actual: que, cuanto más nos alejamos de los grandes principios de la Ley Natural (es decir, del referente ético objetivo y universal), más diferencias se dan entre las distintas concreciones de estos mismos grandes principios (S. Th I-II, q. 94 a. 4).

El descrédito de la reflexión moral viene dado cuando, por un exceso de objetividad y por miedo a la libertad, queremos asegurar excesivamente, mediante las normas, todas las situaciones morales, ahorrando el trabajo de la conciencia personal y de la conciencia de la comunidad cristiana. Ésta, ante las nuevas situaciones en que nos coloca el progreso de la ciencia y de la técnica, no tiene una respuesta inmediata a mano; en estos casos, debemos discernir y, tal vez, tomar posturas provisionales, ante la falta de datos o ante la incertidumbre de los datos aportados por la ciencia.

La misma Encíclica *Veritatis Splendor* pide creatividad, a la moral: "... la vida moral exige la creatividad y el ingenio propios de la persona humana, origen y causa de sus actos deliberados" (n. 40); "Las prescripciones morales (...) deben ser fielmente custodiadas y permanentemente actualizadas, a lo largo de la historia, en las diferentes culturas" (n. 25).

Creemos que una actitud de humildad no es contraria a la firmeza moral, sino que le confiere credibilidad, en el mundo actual. El proyecto moral cristiano, si es el de Jesús de Nazaret, representa a la plenitud humana, y, por lo tanto, debe poder ofrecerse como un bien para todos los hombres y mujeres. Y, a pesar de que uno puede suponer que el pecado estructural acecha a la cultura actual, no se puede atribuir, sin más, la culpa, a este pecado, cuando una verdad moral concreta no es entendida como razonable ni generadora de verdadera humanización.

Una moral fundamental cristiana para el nuevo milenio debería recuperar las intuiciones del Concilio Vaticano II, sin dejar de tener muy presentes las advertencias de la *Veritatis Splendor*.

Epílogo

Terminamos con unas palabras, atribuidas a San Agustín y repetidas por algunos moralistas, que, actualmente, tienen mucha vigencia para la moral del nuevo milenio: “In necessariis, unitas; in dubiis, libertas; in omnibus, caritas”.(20)

Para poder seguir estas palabras en el campo de la moral cristiana es necesaria una comunidad cristiana que crea plenamente en la presencia del Espíritu de Jesús de Nazaret en nuestro mundo. Una comunidad que tolere la diversidad, cuando es en el amor y en el diálogo sincero y honesto de quien es consciente de estar en el camino hacia la plenitud del Reino de Dios.

NOTAS

1. Levinas, E., Totalidad y Infinito, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 89.
2. Küng, H; Kuschel, K.J., Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las Religiones del mundo, Madrid, Trotta, 1994.
3. El Concilio Vaticano II entiende la ética como un lugar de encuentro y cooperación entre todos los hombres.: “Por la fidelidad a la conciencia, los cristianos se unen a los demás hombres para buscar la verdad y solucionar en la verdad tantos problemas morales como surgen, tanto en la vida individual como social”. (Gaudium et Spes, n. 16). Así pues, el Concilio tiene la esperanza de que, a pesar de no compartir una misma fe o confesión religiosa, todos los hombres y mujeres de buena voluntad podrán compartir una misma ética.
4. Llamamos “ethos” a las orientaciones morales realmente vividas dentro de la comunidad cristiana o dentro de una sociedad.
5. Estas reglas son enunciadas en Habermas, J., Conciencia moral y acción comunicativa, Península, Barcelona, 1985, p. 110-113. Habermas nos dice que estas reglas han sido establecidas por T. Alexy en Eine theorie des praktischen Diskurses, in W. Oelmüller (comp), Normenbegründung, Normendurchsetzung, Paderborn (1978).
6. Juan Pablo II., A representantes de religiones no cristianas (Madrás 5/02/1986), dentro de AAS 78 (1986) 769. O Ecclesia 22/02/1986, p.32-33.
7. Ecclesiam Suam, núm. 96.
8. Rahner, K., Sobre el diálogo en la sociedad pluralista, dentro de Escritos de teología, Vol VI, Taurus, Madrid, 1969, p. 56.

9. Díaz, C. , Pluralismo ético y convivencia social: un punto de vista más crítico, dentro de Documentación Social 83 (1991) 40.
10. L.G. nº 37. Este número habla del diálogo entre los laicos y la jerarquía, como un derecho y una obligación en aquellas cosas que afectan al bien de la Iglesia. Debe ser un diálogo desde la veracidad, la prudencia y presidido por la caridad.
11. Häring, B., Magisterio dentro de Diccionario enciclopédico de Teología moral, Madrid. Paulinas, 2 ed, 1974, p. 601.
12. Recordemos unas palabras de Santo Tomás: "... lo que pertenece a la ciencia moral se conoce siempre a través de la experiencia" (Comentario Ética a Nicomaco, lib 1, lect. III, n. 38).
13. El emotivismo es una corriente ética que mantiene que los juicios morales no son más que expresiones de preferencias a nivel de sentimientos, y que, por lo tanto, no pueden ser considerados como verdaderos o como falsos.
14. Éste es el pensamiento de A. Auer, *Morale Autonoma e Fede Cristiana*, Cinisello Balsamo, Paoline, 1991; P. Carlotti, *Storicità e Morale. Un'indagine nel pensiero di Alfons Auer*, Roma, LAS, 1989.
15. La encíclica *Familiaris Consortio*, de Juan Pablo II, ya habla de "gradualidad" como norma de pastoral (n. 9).
16. Otros pasajes bien significativos: "Por esto, dirigimos también nuestra atención a todos cuantos reconocen a Dios y conservan elementos religiosos y humanos en sus tradiciones, deseando que un diálogo abierto nos empuje a todos a recibir con fidelidad y a cumplir con prontitud los impulsos del Espíritu" (*Gaudium et Spes*, n. 92). "Por el hecho de tener una estructura social visible, signo, ciertamente, de su unidad con Cristo, la Iglesia también se puede enriquecer y se enriquece mediante la evolución de la vida social humana..." (*Gaudium et Spes*, n.44).
17. "Por esto, el Concilio, al testimoniar y exponer la fe de todo el pueblo de Dios reunido por Cristo, no puede demostrar con más elocuencia su vinculación, respeto y estima hacia la familia humana, de la cual forma parte, que estableciendo un diálogo con ella entorno a todos los problemas aludidos, proyectando en ellos la luz derivada del Evangelio y ofreciendo al género humano las fuerzas salvíficas que la misma Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, recibe de su Fundador" (*Gaudium et Spes*, n. 3).
18. "... Incumbe a todo el pueblo de Dios, sobre todo a los pastores y teólogos, escuchar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, los diversos lenguajes de nuestro tiempo y evaluarlos a la luz de la palabra de Dios, a fin de que la Verdad revelada pueda ser percibida cada vez con mayor profundidad, mejor comprendida y propuesta con más acierto" (*Gaudium et Spes*, n. 44).
19. *Lumen Gentium*, n. 13, 22, 32.
20. "En lo fundamental, unidad; en la duda, libertad; en todo, caridad".

CUESTIONARIO PARA EL TRABAJO EN GRUPO

1. Elige las dos características de la moral cristiana para el nuevo milenio (cap. 1) que te parezcan más importantes o urgentes. Justifica tu elección.

Puede discutirse en grupo la elección de cada uno e intentar llegar a un consenso sobre cuáles serían las características más importantes.

2. En la página 11 encontramos que “la fe de los creyentes no aporta contenidos morales, específicamente cristianos, que no puedan ser descubiertos por cualquier hombre o mujer de buena voluntad”.

— ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? ¿Por qué?

— ¿Qué aporta, pues, la fe cristiana, en el ámbito de la moral?

3. En el cap. 3 se habla del diálogo en la moral, de sus características y condiciones. Intenta hacer un listado de estas “características y condiciones” propias de un auténtico diálogo. Según tu opinión:

— ¿Qué factores pueden facilitar la autenticidad en el diálogo?

4. La Iglesia siempre ha defendido una cierta “objetividad” en la moral.

— ¿Por qué crees que lo ha hecho?

— ¿Te parece una cuestión importante?

5. “La ética de máximos es un proyecto de felicidad que ofrecemos a los demás” (pág. 8).

— ¿Qué lenguaje, qué maneras debemos usar para que nuestra propuesta cristiana pueda resultar comprensible y motivadora?

6. “Entre las características para el diálogo “en cristiano” el autor señala la sinceridad, la autenticidad, el amor al prójimo...” (pág. 16).

— En nuestros conflictos personales, sociopolíticos, ¿cuáles de éstas u otras características han favorecido el diálogo?

© *Cristianisme i Justícia* • Roger de LLúria, 13 - 08010 Barcelona
tel: 93 317 23 38 - fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es - <http://www.fespinal.com>
agosto 2000